

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

III

La Novela Semanal Cinematográfica



S. O. S.
(¡Socorro!)

REDA
Lionel Hall
Glen Hans
Alphonso Fryland

50 cts.



S. O. S.
(¡Socorro!)



* Ver. Screen J. J. Germany
24, 133

Prohibida la
reproducción
Revisado por
la censura

Tip. Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona

S. O. S. (¡SOCORRO!)

Argumento de la película

Cielo. Mar. Majestuosa nave. Dicha aparente. Pero, sobre la cabeza y bajo la planta del hombre, el eterno interrogante: ¿somos algo más que muñecos?

El hermoso barco se deslizaba velozmente en dirección a las costas africanas. El pasaje de primera clase se hallaba reunido en el elegante salón donde se celebraba una fiesta. Los muros, tapizados de seda, encuadraban un espectáculo deslumbrador de riqueza y de lujo. Los hombres iban de frac; las mujeres vestían sus soberbios trajes de "soirée", y sobre las hermosas y des-

nudas gargantas brillaban los hilos de luz de las joyas.

Se diría una gran fiesta en tierra firme, los salones abiertos de un gran hotel o de una casa particular suntuosa. Parecía que ahora debía aparecer la calle con sus hileras larguísimas de automóviles.

¡Ah, sólo el suave balanceo, apenas notado, hacía volver los ojos a la realidad y recordar que se estaba en un hermoso vapor y que afuera el mar les rodeaba por todas partes, el mar apacible y sombrío sobre cuyo seno líquido las estrellas reflejaban su luz.

Entre los pasajeros figuraba Mario Monti, comandante del ejército colonial italiano, y su esposa Silvia, retirada de la escena al contraer matrimonio, que iban con rumbo al destino del militar, terminada la licencia de boda de éste.

La delicada belleza de Silvia atraía todas las miradas, pero contenidas por el respeto. Era una belleza espiritual, de esas que en vez de infundir grandes pasiones, sólo crean adoraciones místicas. Además, la presencia del militar era la valla fundamental contra cualquier clase de atrevimientos.

Mientras se hallaba en su más grande apogeo aquel festival de bailes y canciones, el capitán

del barco anunció desde el centro del salón:

—La celebrada bailarina Rita Cortés, que viaja entre nosotros, se digna deleitarnos con su creación "La Danza del Velo".

Entre grandes aplausos, apareció la artista mencionada, que vestía muy ligeramente con velos frágiles como espumas. Danzó a la perfección algunos bailes que tenían ciertos recuerdos de la antigua Grecia, y fué trenzando con los velos de colores que la cubrían maravillosas factas de arte y de luz.

Era una mujer hermosa que dondequiera que ponía los pies hacía crecer la planta de la tentación. Al contrario de la belleza de Silvia, no evocaba su presencia recuerdos espirituales, sino el fuego abrasador del pecado. Sus ojos, como dos carbones en eterna hoguera, tenían una atracción de imán.

El comandante Mario Monti contempló a la bailarina, y sus ojos parpadearon, heridos por la más viva sorpresa. Rita había sido en otro tiempo su "flirt", un pasatiempo de algunos meses, que acabó cuando el militar se convenció de la necesidad de tomar por esposa a una verdadera y leal compañera. La inesperada presencia de aquella mujer de boca de fuego, le causó ahora una impresión de alegría y nerviosidad.

También ella, mientras danzaba, descubrió a Mario y le sonrió atrevida, audaz, mostrando la luminosa firmeza de sus dientes. ¡Oh, Mario! En su existencia de mujer que gusta de coleccionar amores y recuerdos grutos, la figura del militar italiano ocuparía siempre un lugar predilecto.

Las dos sonrisas se encontraron, pareciendo evocar un mismo pensamiento.

Para Silvia no pasó inadvertido ese diálogo mudo. Agitada por una ráfaga de celos contempló a su marido y después a Rita, y cruzó por su imaginación el recuerdo de unos días lejanos...

Meses antes, cuando Silvia no pensaba siquiera en la posibilidad de que el militar se enamorase de ella, había visto juntos muchas veces a Mario y a la bailarina. Entre los dos había existido un "flirt". Iban juntos al teatro, a los hoteles, a las grandes fiestas...

Después Silvia aceptó a Mario como prometido, y éste rompió definitivamente con Rita. Al preguntarle alguna vez su futura mujer sobre aquel amor, el comandante se echaba a reír, diciendo:

—No seas tonta, chiquilla. Aquello pasó... Una nube de verano... Es a ti sola a quien ado-

Y ella, que amaba con toda su alma a Mario, se dejó convencer... Pero volvió a ver a Rita el día de la boda, cuando salían de la iglesia. La bailarina miró a la novia con altivez e ironía. Silvia se apretó más y más contra el brazo de su esposo como si dijera a Rita: "Atrévete a tomarme lo que es mío", y Rita desapareció, sin que durante los meses transcurridos desde entonces la hubiera vuelto a ver. Y era ahora, en el vapor, cuando ella se presentaba para atormentar otra vez con los celos el alma tranquila y apacible de Silvia.

Cuando Rita acabó su danza, después de saludar y recibir las admiradas felicitaciones de todos, avanzó hacia el grupo que formaban el matrimonio Monti y otros amigos.

Saludó con gran cordialidad al comandante, y sólo tuvo para Silvia una mirada de conmiseración y de desdén.

Todas sus atenciones las reservó para su antiguo "flirt".

—La casualidad se complace en reunirnos siempre, cual si nuestra amistad no admitiese diferencias... ni nada, ¿verdad? — dijo a Mario.

Sonaron los primeros compases de una danza. Rita hizo un gesto invitando a ser sacada a bailar por el comandante. Este, un poco turbado

y comprendiendo que había que guardar las conveniencias sociales, accedió a danzar con ella.

Bailaron de modo apasionado, mirándose a los ojos, sintiendo Mario por una parte el deseo de abandonar la compañía de aquella peligrosa



Bailaron de modo apasionado...

mujer, y por otra, viéndose atraído hacia ella, dominado por el perfume que expelía aquel cuerpo serpentino.

Silvia, viéndoles bailar, sufría los más intensos celos... ¡Aquella miserable mujer! Pero, ¿qué se había propuesto? ¿Quería robarle el

marido? Que se fuera con cuidado, pues allí estaba ella para defenderse con todo su ardor.

Rita complaciéndose en atormentar a la rival murmuraba tiernas frases al oído de su pareja:

— Sé sincero, Mario — le decía —. ¿Encontraste en el matrimonio la verdadera felicidad?

— Sí, la hallé — repuso turbado.

— Me alegro de saberlo. Yo sólo estoy bien cuando conozco que eres feliz.

— Silvia me adora.

Ea muy buena, pero tal vez le falte algo del fuego de mi corazón.

Y volvía a devorarlo con sus ojos codiciosos, de mujer que conoce el poder infinito del amor.

Sintiendo un extraño malestar, Mario deseaba que terminase cuanto antes la danza. Se sentía débil ante la mujer que tenía delante, eternamente dispuesta a la pasión.

Por fin acabó la danza y, un poco hastiado, se separó de aquella artista para ir a reunirse con su mujer, que paseaba, melancólica y aburrida, en compañía de otro pasajero.

Rita desapareció sonriente, no sin antes contemplar otra vez con el mismo gesto desdeñoso a Silvia, quien se apoyó con cierta melancolía en el brazo de su marido.

No quiso el comandante volver a mirar a la

bailarina. Le daba miedo. Comprendía que ella era el abismo, pero sentía la atracción implacable del vértigo. Tal vez, de continuar junto a aquella mujer, resbalaría hacia el fondo de la sima.

La vida manda. Contratados para actuar en el circo de Trípoli, el clown Giuseppe Vanni y su hija Antoinette habían tenido que abandonar las comodidades de tierra firme, muy a pesar suyo.

Viajaban en un modesto camarote de tercera, deseando arribar cuanto antes al puerto de su destino.

Así es la vida de los pobres artistas medianos: ir de un lado a otro del mundo, en viajes incómodos y sin el bienestar que acompaña a los que pueden darse el lujo de viajar con esplendidez.

Ni el clown ni su hija sentían, sin embargo, envidia por aquel pasaje de primera que se divertía de lo lindo y cuya música llegaba hasta ellos como un eco apagado y dulce.

Seguramente, a pesar de aquella aparente felicidad, también el dolor acechaba a muchos... Aunque no lo pareciera, se albergan muchas veces

más la inquietud y la desesperación entre la clase elevada que en la pobre.

Y Giuseppe Vanni no se equivocaba en sus suposiciones, a lo menos por lo que hacía referencia al matrimonio Monti, que se había retirado a su camarote en compañía de un ser invisible: la desconfianza.

Tendidos cada uno en su lecho, Silvia y Mario meditaban, terminada ya la fiesta nocturna.

Sin decirse, ambos coincidían en sus pensamientos. Silvia pensaba en aquella bailarina, y reconocía con profunda pena que Rita era una mujer tentadora que podía inspirar cualquier pasión, aun las más culpables... Por su parte, Mario recordaba las gracias exquisitas de la artista, y aunque él seguía amando a su esposa, no dejaba de reconocer que los besos de Rita habían sido sabrosos en otro tiempo y que acaso tuvieran aún un nuevo y ácido sabor...

De sus alegres meditaciones le distrajo la presencia de Silvia, que le besó cariñosamente.

—Te veo preocupado, Mario... ¿Qué te pasa? —le preguntó.

—¿A mí?

—Tú me ocultas algo...

—No, mujer. ¿Qué tontería!

—¿Mario!

Sus ojos se llenaron de lágrimas... Acarició con emoción a aquel hombre tan amado a quien tenía miedo de perder.

—Vamos, no seas tontuela... ¿A qué viene ese llanto?—dijo él.



—Te veo preocupado, Mario...

Sintióse realmente conmovido y acarició aquella cabecita perfumada. Y mientras lo hacía vió aparecer en el círculo de un ventano que daba al corredor una cabeza de mujer: la de Rita, que le observaba burlona a través del cristal.

La bailarina sonrió, envolviéndole en una mirada ardiente, y desapareció con presteza.

Mario volvió a acariciar a su esposa, para quien había pasado inadvertida la aparición de la rival.

Comprendió que era preciso indicar a Rita que no siguiera sus coquetos, pues él ya sólo se debía a su mujer y no podía admitir que volviera un pasado definitivamente caído.

—Anda, vuelve a tu cama—le dijo a Silvia—. Yo estoy cansado y el silencio y la soledad son el mejor remedio para estos casos. Además, ¿no observas cómo se balancea el barco? Me parece que vamos a tener una mala noche.

La joven obedeció y volvió a su lecho. Se sentía mareada. Se agitaba de un lado a otro con nerviosidad creciente. Pero, por fin, cansada de aquella noche de ajeteo, descansó un poco...

Mario, creyendo dormida a su esposa y convencido de la necesidad de ir a advertir a Rita que cesase en sus insinuaciones—pues bien sabía él la causa del malestar de Silvia—, se levantó y, de puntillas, desapareció del camarote.

El sueño de Silvia era tan ligero que ella despertó bruscamente al sentir el fino crujir de la puerta que se cerraba.

Saltó de la cama y, al no ver a Mario, corrió hacia la puerta.

Oyó en el corredor una voz varonil, la de su esposo, y una voz fina, de mujer... Luego se apagaron las voces y se escuchó el golpe seco de una puerta que se cerraba.

¡El miserable! ¡Ahora recordaba que Rita tenía el camarote cerca de allí, pues había visto entrar en él unas horas antes a la danzarina.

Agitó a Silvia un febril temblor, creyendo que Mario Monti la traicionaba.

Tuvo la certeza absoluta, el pleno convencimiento de que su marido había ido a ver a Rita, con la que seguramente quedó previamente citado.

¡Con qué infinito dolor sintió el amargor de la traición y de la propia derrota!... Quedó ante la puerta, sin ansia de moverse, preguntándose por qué habría durado tan poco la felicidad de su luna de miel, lamentando que el hombre a quien tomó por esposo la abandonara a ella, la esposa legítima y leal, por una aventurera que se cruzaba en su camino. ¡Miserables hombres! Y, a pesar de todo, con el heroísmo de las mujeres verdaderamente enamoradas, ella seguía queriendo con toda su alma al infiel.

El comandante Mario Monti había ido a ver

a Rita, no con el plan de traición que Silvia tomó por cierto, sino muy al contrario.

Ella le recibió alegremente, cerrando la puerta y mostrando con sus risas de mulvada el júbilo de su victoria.

—¡Qué bueno eres por haber venido, Mario!... No lo olvidaré... Tu presencia aquí me lo indica todo.

Te equivocas, Rita. He venido a verte para que lo nuestro termine de una vez para siempre.

—No... no. Pídemelo que ciegue, Mario, y eso me será más fácil que renunciar a ti.

—Pero, Rita...

—Desde que me separé de ti vivo tan triste... No me importa que te hayas casado. Te sigo queriendo como antes, como siempre... Tú eres el único dueño de mi corazón.

—No hables así, Rita. Sabes que entre nosotros dos todo acabó... Yo me debo a mi mujer... Sería el hombre más vil engañando a una criatura tan buena.

—¡Qué malo eres! Sólo vivo por ti, Mario...

Sus labios le besaron con una caricia que fue como un mordisco.

¡Mario! Soy tuya... tuya...

¡Ah! El militar era débil y no pudo resistir la caricia de aquella boca de serpiente, el ardor

de aquel cuerpo que se trezaba violentamente contra el suyo.

Y lo olvidó todo, sus propósitos, su mujer, su honra de caballero, para caer en los brazos perfumados de aquella sirena de amor, cautivadora y terrible como las mujeres que torcieron el destino de la humanidad.

Su voluntad desmayó bajo el beso de una boca fatal... ¡Pobre Silvia!

* * *

De pronto, el vapor, que se deslizaba liso sobre las aguas, sufrió una violenta conmoción, como si su marcha acabara de quebrarse contra un obstáculo inesperado.

¡El embarrancamiento!

Uno de los oficiales corrió a advertir al capitán.

—Hemos chocado con un arrecife y el agua inunda la cala.

El jefe del vapor fué a ver por sus propios ojos la magnitud de la catástrofe, observando cómo las olas, alborotadas por un viento creciente, iban ya inundando la parte interior del buque.

—¡No hay remedio! —exclamó con melancólica sobriedad—. ¡La sirena! ¡Los botes!

Un instante después, el silbato aterrador de la sirena hendía los aires y despertaba bruscamente a toda aquella humanidad, que en su mayoría dormía feliz y sossegada.

Algunos pasajeros habían ya despertado, sorprendidos por la brusquedad de la parada, por la violencia de un obstáculo que se hubiese clavado en la proa del vapor, pero ahora la insistencia de la sirena, el espectáculo de la tripulación corriendo alborotada de un lado a otro, les hizo comprender la realidad.

¡El vapor se hundía!... ¡Todo el mundo a los botes!

Y a medio vestir, en fina ropa interior, toda aquella gente salía de los camarotes, luchando a brazo partido por subir las escaleras de hierro que conducían a cubierta.

Entretanto, el telegrafista lanzaba a los aires el mensaje de angustia:

S.O.S. S.O.S. Socorro...

Y las ondas hertzianas iban a transmitir por la amplitud del mar aquellas tres letras supremas.

Se habían comenzado a arriar los botes. El instinto de conservación hacía brutales a los caballeros que pocas horas antes se inclinaban ante las damas con sonrisas versallescas...

Cada uno de ellos decía ahora, en su interior,

prescindiendo de etiquetas sociales: ¡Quiero vivir, quiero vivir!...

Y rechazaban a las mujeres y a los niños para ganar un sitio en los botes de salvamento.

El capitán y los oficiales acabaron con la persuasión y el revólver por poner orden entre la alborotada multitud.

—¡Las mujeres y los niños, primero!—rugió

Y en una de las lanchas se acomodaron las mujeres, que chillaban al verse separadas de sus maridos, que, apoyados en la borda, querían ir a reunirse con ellas, siendo difícilmente contenidos por la tripulación.

—¡Calma... serenidad!

A cada momento crecía el pánico, y salía más gente de los camarotes, y todos los ojos reflejaban el mismo terror y la misma frialdad inhumana, capaz de llegar al crimen para vivir.

Silvia, que llevaba largo rato ante la puerta con languidez dolorosa, acabó por oír el toque de la sirena y darse cuenta de que algo insólito, de extraordinaria gravedad, pasaba en aquella hora de silencio.

Abrió la puerta y vio a una muchedumbre que corría brutalmente, lanzando gritos, pugnando, sofocada, por subir las escaleras, que parecían no poder resistir el poder de tanto peso.

—¡El buque se hunde!—gritó uno de los pasajeros.

Silvia lanzó otro grito:



... *vió a una muchedumbre que corría...*

¡Mario!... ¡Mario!...

En aquel momento supremo lo olvidaba todo para buscar únicamente el apoyo del compañero de su existencia.

—¡Mario, Mario!—clamaba con lágrimas en los ojos.

Pasó varias veces por el corredor, sin acertar a encontrar una salida. Pero, de pronto, la ola humana la empujó hacia uno de los costados y, sin saber cómo, se encontró ante un ventano iluminado, a través de cuyo cristal contempló una escena enloquecedora. Allá, en el interior de un camarote, sobre un diván, estaba Mario, en Mario, ajeno a lo que sucedía, abrazado a una mujer, a Rita, la danzarina.

Cubrióse horrorizada la cara y huyó velozmente, entre la masa brutal que, olvidando toda caridad y todo respeto, se atropellaba para salir a los botes.

Sobre los ojos de Silvia parecían rodar sombras negras... No veía apenas. En su cerebro flotaba el recuerdo del abrazo criminal y la realidad de ese barco que se iba hundiendo en la noche.

Subió a cubierta. Una masa humana la derribó de pronto contra el suelo, se sintió pisoteada, creyendo morir bajo el peso implacable de muchos pies.

Pudo, por fin, librarse de esa fuerza desoladora, se levantó, pero otra implacable avalan-

cha la arrojó contra la borda y la hizo caer al mar, juntamente con otros varios pasajeros.

Flotó desesperadamente sobre las olas... Sintió que la cubrían las aguas, que iba rápidamente al fondo, pero unas manos la sostuvieron en el momento en que su cabeza iba a desaparecer.

Un hombre, el clown Giuseppe Vanni, la defendía bravamente contra las aguas.

—¡No tema usted, señorita!...—le dijo.

Pero ella cerró los ojos, medio desvanecida por tantas emociones.

Entretanto, en el vapor seguía la tremenda lucha.

Por fin, después del paroxismo de su pasión, el comandante Mario Monti se dio cuenta de que algo gravísimo pasaba a bordo. Abrió la puerta y vio a la multitud que huía enloquecida.

Rechazando furioso a Rita, corrió hacia su camarote para buscar a su pobre mujer. Al no hallarla subió a cubierta, buscándola inútilmente entre los grupos que aun permanecían allí y la llamó con voces estentóreas.

¿Dónde estaría la pobre? ¡Ah, él era el culpable por haberla dejado sola! Acaso se encontraba en los botes ya echados al mar o tal vez

fuera uno de aquellos cuerpos que luchaban entre las olas, procurando mantenerse a flote.

Rita, por su parte, después de recoger sus joyas en un saquito, subió a cubierta y a costa de grandes esfuerzos logró alcanzar un puesto en una de las lanchas.



... buscándola inútilmente entre los grupos...

El barco tenía ya una inclinación peligrosísima. No tardaría en hundirse.

Uno de los pasajeros, un viejo rentista que había perdido su dinero en el desbarajuste de la aglomeración, gritaba desesperadamente:

—¡Mi dinero... mi dinero!

Para él, más importante que la vida, era el oro, sin el cual creía imposible subsistir.

Por contraste, una madre que había perdido a su pequeñín en las apreturas del bárbaro intento de salvación, clamaba desolada:

—¡Mi hijo!... ¡Mi hijo!

¡Calma! ¡Calma!—volvía a insistir el capitán.

Dos o tres botes fueron batidos por la tempestad, cada vez más furiosa. La mayoría de los pasajeros encontraron la muerte.

Se arriaron las últimas lanchas, en las que iban los hombres, entre ellos Mario, que seguía explorando inútilmente entre la oscuridad del mar, apenas rasgada por el parpadeo luminoso del barco agonizante, el paradero de la pobre Silvia.

Se oyeron varias explosiones... El barco fue inclinándose más y más hacia uno de los costados, hasta desaparecer en una completa situación vertical. Dentro de él se hundía para siempre el capitán, en el puente, mirando con fría serenidad a la cercana muerte... No quería subsistir a su buque...

Y sobre el mar, repentinamente oscurecido, sin las luces que momentos antes daba aún el

vapor, quedaron las pocas lanchas que se mantenían a flote y algunos desgraciados náufragos, que se sostenían apoyados en maderos o salvavidas.

Los demás pasajeros habían ido a hacer compañía al hermoso palacio flotante, que horas antes era un grato lugar de diversión.

¡Ah!, ¿somos algo más que muñecos? ¿Dónde está la seguridad de nuestros propósitos y de nuestra manera? ¿De qué somos dueños si no podemos mandar ni al minuto que ha de venir?

Y, entretanto, las desesperadas llamadas del telegrafista, el repetido S.O.S. transmitido a todos los lugares de aquel mar, iban a surtir sus efectos. Los mensajes habían sido recogidos por otros barcos, que con generoso compañerismo fraternal torcían su ruta para ir a salvar a los que se debatían con ansias infinitas de vida contra el pavor de la muerte.

Rita Cortés fué recogida por un velero. El barco estaba lleno de náufragos, bien atendidos por aquella gente del mar, que no olvidaba los deberes de piedad fraternal.

Rita era feliz al sentirse en salvo... Habían pasado ya varias horas desde la noche trágica...

El sol ponía resplandores de oro y azul sobre un mar de turquesa... El aire era fino, con la suavidad de las brisas mediterráneas.

Rita pensó en Mario con cierta melancolía. ¿Qué habría sido de aquel hombre, de cuyos besos aun parecía conservar ella la huella? ¿Se habría salvado?

Para aquella mujer, ningún hombre era más que un capricho para satisfacer sus insanas pasiones.

Distraídamente cogió un cigarrillo, y como no pudiera encenderlo a causa del aire que soplaba, acercósele un caballero y le brindó fuego con su potente encendedor.

Ella, sonriente, le dió las gracias y miró a aquel hombre de facciones morenas, apasionadas, como las gentes de los desiertos... Iba el árabe de pasajero en el barco y marchaba a Trípoli.

Simpatizó con la europea, hablaron. A ella le agradó el relato nostálgico y ardiente de muchas aventuras de él.

En el velero había montado un servicio de vigilancia y durante varias horas se estuvo explorando el horizonte, temiendo ver nuevos náufragos que aun necesitaban socorro.

Otro velero que también se dirigía a Trípoli

había asimismo recogido a algunos de aquellos desdichados, entre ellos al clown Giuseppe y a la pobre Silvia, que llegaron extenuados a bordo.

Habían estado varias horas en el mar, sosteniéndose difícilmente sobre un madero contra los embates del temporal. Y cuando ya desesperaban de salvarse, vieron la grácil figura del velero en lontananza.

Les prestaron adecuados socorros, pero Giuseppe, enloquecido ante la desaparición de su hija Antoinette, a la que había dejado en uno de los botes, preguntaba a todos por aquella muchachita morena, a la que tal vez no volviese a ver más.

Indagó cerca de los otros náufragos y vió de pronto a una mujer, a la cual dijo con intensa emoción:

—La reconozco, señora. Usted se hallaba al lado de mi hija en el bote de salvamento y, sin duda, sabe de ella. ¿Verdad? ¿Dónde está, dónde?

Pero la pobre mujer no sabía nada. El bote en que ella embarcó con Antoinette y otros náufragos había sido volcado por una terrible ola y muchos habían perecido. Ignoraba la suerte que hubiera podido caber a la hija del clown.

Este, casi sin esperanza, siguió sus indaga-

ciones hasta llegar cerca de otra mujer que llevaba a un niño en brazos. El pequeñín se cubría con un pañuelo de colores, que Giuseppe cogió con emoción indescriptible.

Era un pañuelo de su Antoinette. ¿Dónde encontraron eso?

—En el mar... Flotaba entre las aguas... Cuando me salvaban lo vi y lo cogí—dijo la madre.

Ya no tuvo duda alguna el desdichado de que su hijita, su hermosa flor de veinte años, había desaparecido para siempre. Besó aquel pañuelo y fué a llorar en un rincón, besándolo apasionadamente y preguntándose qué iba a ser de su ancianidad, sola y triste.

Silvia, que ignoraba también si había perdido a un ser querido, querido a pesar de su traición, avanzó hacia aquel hombre, y le prodigó la palabra de miel de sus consuelos.

—Debo a usted la vida, señor... y su pena es la mía.

—¡Pobre Antoinette!

—¡Animo!... Tal vez haya sido recogida por algún vapor. No pierda las esperanzas.

—Algo me dice que no la volveré a ver.

Silvia se retiró, dejando a aquel hombre con su inmenso dolor de padre...

Entretanto, otro buque había recogido a algunos otros náufragos, entre ellos al comandante Mario Monti.

Antoinette no estaba allí. Con toda seguridad, el mar se había tragado a aquella juventud de maravillosa esplendidez.

Al día siguiente, el buque llegaba a Trípoli... Mario estaba afligido, pensando en el paradero de Silvia. La conciencia le recordaba de haber obrado mal con aquella criatura. ¿Por qué se tuvo que separar de ella?

¡Oh, si tuviera alguna ligera esperanza, un resquicio de luz para poder creer!

Un oficial del ejército corrió a cubierta a saludar a Mario, que desde la borda contemplaba con melancolía la ciudad de Trípoli, que se extendía ante él cuajada de palmeras.

—¿Y Silvia? ¿Dejaste, acaso, a tu mujer en Europa?

—Ojalá lo hubiera hecho, Humberto.

Y explicó los incidentes del doloroso naufragio y su incertidumbre acerca de la suerte que hubiera podido correr su infortunada compañera.

Y apenas en tierra, Mario, en compañía de su amigo, personóse en la Comandancia de Marina para leer la lista de los supervivientes del naufragio.

Le mostraron una larga relación de nombres, entre los que no figuraba el de su mujer.

—¡No está... no está!... ¿Qué habrá sido de mi pobre Silvia?

—No desesperes aún, amigo mío... Esta lista no es la definitiva.



—¿Qué habrá sido de mi pobre Silvia?

—Silvia ha muerto. Lo presiento.

Y volvió a acusarse de no haber permanecido al lado de su esposa, amparándola en sus brazos.

Varios días después se hallaban ya en Trípoli todos los recogidos en el naufragio.

Cuando el clown y Silvia desembarcaron adquirieron un periódico, buscando afanosos los nombres de los supervivientes.

No estaba el de Antoinette. Indudablemente, esa criatura morena, esa hija del circo, había encontrado su fin en el mar.

Silvia, respetando las lágrimas que inundaban el rostro envejecido del payaso, buscó en el periódico con avidex los nombres de los que se habían salvado.

Respiró ampliamente al ver el de Mario Monti... Pero también volvió a recordar la traición de aquella noche y se dijo que ya no podría ser nunca feliz a su lado.

Luego le sorprendió su propio retrato, impreso en el diario. Llevaba esta cabecera:

Silvia Monti.

La célebre actriz, desaparecida en el naufragio.

Como el velero que les había conducido a puerto había tardado varios días en llegar, la Prensa daba como cierta la desaparición de Silvia.

Giuseppe miró la fotografía y luego a Silvia, descubriendo su identidad.

—¿Conque usted es Silvia Monti?—preguntó

—¡Sí, lo soy!—dijo con lágrimas en los ojos—. Pero ya que los periódicos me dan por muerta, no quiero resucitar... Tengo para ello motivos tan poderosos como desgraciados... Silvia Monti ha dejado de existir para todos... y es necesario que perdure esa creencia.

—Yo... señorita... yo nada diré...

Silvia miró con cierta emoción a aquel pobre hombre, que quedaba en la mayor soledad, y le dijo:

—No tengo amparo en el mundo, señor... Vivo gracias a su nobleza, y, si usted quisiera, trataría de sustituir en su afecto a su hija.

—¿Usted... tú... mi hija? ¡Sí... sí!—repuso conmovido—. He perdido a la hija de mi sangre, pero Dios me envía a ti para mi consuelo... ¡Gracias!

Ella se cogió de un brazo y los dos, procurando ocultar las lágrimas que les inundaban, marcharon hacia su hospedaje para continuar en su vida de clown él, para olvidar ella la vida conyugal, que acababa de romper voluntariamente.

Sí, no volvería con su marido... Que él siguiera en la creencia de que había muerto. Así, no

sería ningún estorbo para que pudiera amar a la otra, a Rita Cortés.

Tal vez Mario ya no quería a Silvia, y ésta, con un voluntario y maravilloso sacrificio, le dejaba el campo libre...

No le vería más.

Llegaron a la Comandancia de Marins, y el viejo Giuseppe, al preguntarle el nombre el oficial, dijo con voz entrecortada:

—Giuseppe Vanni, clown... y mi hija Antoinette.

La vida sigue... Se levanta el telón y en el tablado de la humana farsa cada personaje va a representar su papel, encarnando la amargura Mario, la perfidia Rita y el sacrificio Silvia.

Mario no había podido olvidar a la esposa desaparecida. No se acostumbraba aún a la idea de su muerte. Sin embargo, a medida que pasaban los días, debía dejar, como el personaje de Dante, toda esperanza de bondad.

Rita no había vuelto a ver a Mario... La amistad que entablara con Mohamed, el rico y poderoso personaje árabe, había tenido una más agradable prolongación en la ciudad.

El árabe, hombre de temperamento ardiente,

supo conquistar el alma, rápidamente inflamable, de aquella perversa criatura y pocos días más tarde, Rita quedaba instalada en un lujoso palacio, donde se reunían en caprichosa amalgama los refinamientos del Oriente con la civilización occidental.



... quedaba instalada en un lujoso palacio...

En Trípoli se anunció el debut de una importante compañía de circo.

La eterna tragedia del payaso, que con el corazón lacerado debe hacer reír, se repetía una vez más en el pobre Giuseppe, a quien obliga-

ciones perentorias le ordenaban debutar aquella noche y hacer reír al público.

Cuando Antoinette vivía, ésta trabajaba con él en la pista, vestida de Colombina.

Silvia, dispuesta a ocupar en lo sucesivo el puesto de la hija muerta, quiso sustituirla también en su labor en el circo. Iria bien pintarrajeada y nadie reconocería en ella a la antigua actriz ni a la esposa del comandante.

Y aquella noche se propuso debutar al lado de su padre adoptivo.

El circo presentaba un aspecto deslumbrador. Figuraban en el programa diversas atracciones, desde el domador de fieras, espectáculo eternamente emocionante, a las piruetas divertidas de los payasos... No había un puesto vacío, ni un palco vacante.

Rita Cortés, en compañía de Mohamed, ocupó uno de los palcos y, acodada en la barandilla, deslumbró al público con su lujo y las joyas que la adornaban.

Otro palco cercano fué ocupado por el comandante Mario Monti, que en unión de varios compañeros había accedido a asistir a la función, con ánimo de distraerse un poco.

Comenzó el espectáculo y la escena se pobló de acróbatas y gimnastas.

Rita se aburría soberanamente. Había visto cosas mejores en América y en Europa. Y para distraerse comenzó a pasear su bella mirada por el piso de los palcos.

Vió el palco de los oficiales y un rayo de alegría brilló en sus ojos al reconocer a Mario Monti.

Los militares miraron complacidos a aquella hermosa mujer, que les observaba con curiosidad, y uno de ellos advirtió a Mario la presencia de la sonriente Eva.

Mario desvió los ojos de la pista, y al reconocer a Rita Cortés, sintió un verdadero disgusto...

Sin embargo, la saludó con una leve inclinación de cabeza, y otros oficiales que la conocían de haberla visto en el Casino o en diferentes sitios de Italia, la saludaron también, embobados con su hermosura.

Giuseppe y Silvia no aparecían hasta la segunda parte... Durante el descanso, los militares fueron a pasear por los amplios corredores del teatro y, de pronto, se encontraron con Rita y Mohamed.

La bailarina saludó afectuosa a los militares. Mohamed, influyente personaje de la ciudad, co-

nocía también a los italianos y la conversación se inició agradable y de buen tono.

Mario procuró escabullirse, alejándose del círculo de sus amigos, pero Rita fué hacia él y le tendió la mano con exquisita dulzura.

—Cuántas cosas han pasado, ¿verdad?—le dijo—. ¡Quién iba a decirlo!

—En efecto, Rita.

—¡Pobre Silvia!—dijo ella con cierta rápida emoción, que se desvaneció al instante.

Muy amable, colgóse del brazo de él y volvió a reunirse al grupo que formaban Mohamed y los oficiales. Se habló del naufragio del vapor y Rita, con su voz evocadora y plástica, describió escenas dolorosas. Luego, comprendiendo que hería demasiado los sentimientos de Mario, alejó la conversación hacia otros senderos.

Mario se mantuvo correcto, pero con extrema frialdad. Le daba miedo aquella mujer. Deeseba romper con su pasado.

Sonaron los timbres anunciando la reanudación del espectáculo. Rita invitó a Mario a ocupar el palco de Mohamed.

Aunque él se excusó, no tuvo otro remedio que aceptar, pues Mohamed, que no parecía reparar en el afecto que Rita profesaba al comandante, insistió para que fuera éste al palco.

Se acomodaron en él. Rita sentóse entre el comandante y Mohamed. Ella parecía prescindir del árabe para dedicar todas sus atenciones a Mario.

Prosiguió la función. Salió una "troupe" de payasos infantiles que hicieron las delicias de los espectadores. Después apareció Giuseppe Vanni, en compañía de su supuesta hija Antoinette, en realidad la esposa del comandante Monti.

Actuaron con éxito. Giuseppe era un excelente clown y, a pesar de que tenía el corazón destrozado, supo hacer reír... Silvia, perfecta actriz, dió a su papel de Colombina matices deliciosos...

Ni Mario ni Rita reconocieron en aquella muchacha a Silvia. Bien es verdad que apenas prestaban atención al espectáculo, con las almas muy alejadas de allí.

Pero Silvia, al mirar distraídamente a los palcos, vió en uno de ellos al ser que más amaba su corazón y a la mujer a quien más odiaba en el mundo...

¡Qué pena tan grande! ¡Los dos juntos, los dos! Rita y Mario seguían siendo amantes.

¡Ah, qué bien hizo la pobre Silvia en desaparecer! Y arrodillada en tierra, sobre la are-

na de la pista, lloró, lloró desesperadamente, mientras Giuseppe, creyendo que ella estaba realizando una comedia para divertir al público, reía alegremente y hacía extravagantes piruetas, simulando enjugar con una inmensa toalla aque-



... para dedicar todas sus atenciones a Mario.

llas lágrimas, que no eran, sin embargo, de mentirijillas, sino veraces, auténticas.

El oficial Humberto, uno de los que había acompañado antes a Mario, fijóse en la supuesta hija del clown.

Después de contemplarla con profunda atención, la reconoció, asombrado.

No era posible dudar. Aquella mujer era Silvia, la esposa de Mario, a quien el oficial conocía por haberla visto poco después de la boda en una ciudad italiana.

Fijóse más y más en la artista y comprendió que las lágrimas eran verídicas y que Silvia miraba angustiada el palco en que se hallaba su esposo.

Antes de que finalizase la función, Rita propuso marcharse un rato al Casino. Aquella sesión de circo era indudablemente aburrida. Y como Mohamed y Mario le dieran la razón, salieron los tres del teatro.

La pobre Silvia continuó a duras penas su trabajo. Su tragedia y su disimulo eran terribles, tan terribles como lo era la labor de Giuseppe, cuya alma se agitaba entre sollozos.

Y cuando acabó la función y Silvia se retiró a su camarín a cambiarse de traje, el oficial Humberto, que estaba enterado por propia confesión de Mario de la tragedia conyugal, se dirigió a ver a la artista.

Silvia ocultó su personalidad, no dándose a conocer ante el oficial italiano, pero éste le dijo: —La he reconocido, Silvia, y lo comprendo

todo... Confíese usted a mí, como lo ha hecho Mario, arrepentido e inconsolable de haber abandonado a usted en aquella trágica noche...

Humberto... por favor... no me obligue a volver a mi vida, a recordar mi tragedia—dijo, desconsolada.

—Mario es bueno y la ama a usted, no lo dude... Perdónle su extravío y vuelva a él.

Al cabo de un rato de meditación, en que estuvo midiendo el pro y el contra de su actitud, dijo, convencida:

—¡Imposible! Silvia ha muerto y jamás recuperará su verdadera personalidad... ¡He sufrido demasiado!

En vano insistió el militar. Ella mantuvo con firmeza su punto de vista.

—¡No, no me pida eso!... Y al amigo y caballero entrego mi doloroso secreto... ¡Que Mario no sepa nunca!—suplicó.

—Callaré, Silvia.

Y el oficial marchó, desconsolado, mientras Silvia iba a reunirse con Giuseppe, del que ya no quería separarse nunca...

* * *

Unos días después, varios magnates árabes, gente en cuyas almas anidaban instintos revolucionarios, celebraron una reunión. Entre los asistentes figuraba Mohamed, hombre que, a pesar de su aparente amistad con los italianos, odiaba a éstos con toda ferocidad.

—El ataque está preparado y nuestro triunfo sería seguro si nos apoderásemos de los planos del enemigo—dijo uno de los conspiradores.

—Creo que el comandante Mario Monti es el encargado de llevar los planos del Estado Mayor a las tropas que se encuentran acampadas en el desierto. Uno de nosotros debería encargarse de conseguir esos informes—explicó otro conjurado.

Mohamed sonrió. El conocía a Mario Monti y tenía motivos para que se hiciera más firme esa amistad.

—Yo me encargaré de eso—dijo.

—Bien, Mohamed... Pero desconfía hasta de tu propia sombra.

—No temáis.

Y, despidiéndose de sus camaradas, se dirigió a ver a su amiga y protegida Rita Cortés.

Expuso a ésta con todo detalle el plan. Sé

trataba de apoderarse de unos planos que debía llevar el comandante Monti. Ningún daño habría de haberse al militar... Sólo quitarle los documentos.

Si Rita le ayudaba, él le iba a regalar un collar de perlas y brillantes como había pocos en el mundo.

Rita se opuso al principio. Ella no quería servir de medio para traicionar a Mario Monti. Pero al anuncio del collar se unió el de otras joyas preciosas, y aquella mujer perversa, que no tenía otra norma que su ambición, y a quien el amor no hacía la menor mella en su alma, acabó por acceder a ser cómplice de la infamia.

Al otro día, el regimiento de Mario recibió orden de ir a otras posesiones tripolitanas, a reunirse con nuevos sectores del ejército. El oficial Humberto se dirigió aquella noche a visitar otra vez a Silvia.

—Nuestro regimiento ha recibido orden de marcha para mañana y he venido a despedirme de usted...

La joven palideció y el oficial, sin insistir acerca de la necesidad de que se reconciliase con su esposo, habló de Mario, de su tristeza,

de su soledad, de la amargura punzante de sus remordimientos.

Ella, sufriendo profundamente ante aquellas palabras, pues, a pesar de todo, también amaba a Mario, preguntó cuando el oficial se hallaba ante la puerta:

—¿Cuándo se marcha Mario?

—Al alba.

—¡Gracias!...

Y al marchar Humberto, Silvia luchó denodadamente entre dos sentimientos que le herían el alma... Ver a Mario... o mantenerse inflexible en su desaparición.

Mientras tanto, Mohamed y Rita habían concertado ya definitivamente su plan para traicionar a Mario... Rita prestaba su colaboración a cambio de ofertas valiosísimas...

Y, de acuerdo con el árabe, envió al comandante una esquelita perfumada, que decía así:

Mario, tengo vehementes deseos de verte esta noche y te espero con impaciencia en mi villa de la Palma.

RITA

Cuando Mario recibió aquel mensaje lo arrugó y lo tiró a un rincón de su estancia. No quería saber nada de Rita, nada... Pero a medida

que fueron pasando las horas, su voluntad se debilitó y el recuerdo de los besos y de las caricias de aquella mujer acabó por enloquecerle. ¿Por qué no ir?

Al fin y al cabo, y desgraciadamente, era ya libre. Silvia había muerto... Y si él había aceptado el regalo de aquellos labios pasionales cuando Silvia vivía, cuando estaba ligado a ésta por un compromiso de honor, ¿por qué no poderlo hacer ahora, en que tenía libertad?

¡Le esperaban, además, en el futuro, tantos días de soledad en el desierto! ¿Por qué no gozar siquiera unas horas del néctar adormecedor del amor?

Y marchó a la villa de la Palma.

* * *

Era casi la hora de la salida del regimiento y el comandante Mario no se había presentado en el cuartel.

Un oficial estuvo a dar cuenta al coronel de lo que sucedía...

—Es rara su ausencia. Búsquenle ustedes activamente.

—Voy a ver al hotel donde se hospeda.

Silvia, después de una inmensa lucha consigo misma, se decidió a ir a ver a Mario.

A pesar de sus anteriores propósitos, se daba cuenta de que no podía vivir sin él. Le necesitaba, era suyo, debía luchar para quitárselo de una vez para siempre a aquella aventurera, cuyos besos eran nidos de serpientes.

Y se dirigió a la habitación del hotel donde Mario residía. La puerta estaba entornada. Con el corazón palpitante llamó varias veces, sin obtener contestación.

Decidióse a entrar. No había nadie. Se retiraba ya con la melancolía de haber llegado tarde, cuando vió un arrugado papel sobre el pavimento.

Lo cogió y, al conocer su contenido, sus dientes rechinaron de odio. ¡Aquella maldita mujer pretendía seguir envolviendo a Mario con la cadena de sus brazos!

Profundamente disgustada, salió de la habitación y en el corredor encontró con el oficial que iba en busca de su amigo.

—Buscaba al comandante, señora...

—No está ahí.

—¡Qué raro! Nos sorprende su ausencia. Nuestro regimiento va a marchar e ignoramos dónde pueda hallarse el comandante...

Silvia, barruntando extraordinarios peligros si Mario no se reunía con su regimiento, dijo:

—Yo sé dónde se halla Mario... Mire usted.

Y le mostró la carta que acababa de encontrar en el suelo.

—Señora... Voy allá... Tengo miedo de que haya podido caer en alguna celada...

—Yo le acompaño—exclamó ella en un arranque de valor.

—Pero...

—Es mi marido... Y debo ayudar a salvarle.

Subieron a un automóvil y se dirigieron a la villa de la Palma.

Hacia ya rato que el comandante Mario Monti se hallaba con Rita Cortés.

Una vez más, los brazos de aquella sirena le habían rendido, y era como un muñeco bajo sus besos de pecadora. Olvidando los escrúpulos anteriores, vivía sólo bajo el poder de aquellos ojos ardientes y de aquellas estremecedoras caricias.

Junto a Rita lo había olvidado todo: que en uno de sus bolsillos llevaba importantes informes, y hasta que iban avanzando las horas y que era preciso partir.

Mohamed y sus hombres vigilaban... Provis-

tos de cuerdas fuéronse acercando a la habitación donde estaban los amantes.

De pronto, Mario oyó pasos silenciosos y se levantó prestamente. Las pisadas avanzaban y al propio tiempo escuchó unas ligeras voces árabes.

Tuvo el rápido presentimiento de una traición. Apartó de sí a Rita y, sacándose un revólver, se dispuso a vender cara su vida si alguien pretendía atacarle... Se dió cuenta de que llevaba importantes documentos y de que era preciso defenderlos hasta morir.

Rita, espantada, se retiró a un rincón. Había ayudado los planes de Mohamed, pero había en su alma cierto cariño por aquel hombre, del que había recibido tantos besos. Quiso gritar, pero en aquel instante irrumpieron en la estancia Mohamed y sus cómplices, y antes de que Mario pudiera hacer uso de su arma, se echaron contra él con brutal ímpetu.

Lucharon denodadamente, pero obligaron a Mario a dejar el revólver, que cayó al suelo, y luego, con una pistola, le dieron un formidable culatazo en la cabeza, haciéndole perder el sentido.

—¡No le hagáis daño!—exclamó Rita, atemorizada.

Los árabes cogieron al comandante y lo llevaron a otra habitación, despojándole ya en ella de sus documentos. Mohamed, poseedor de tan valiosos informes, se preparó para ir a reunirse con su ejército rebelde.

Silvia y el oficial habían llegado ante aquella casa. Silvia iba dispuesta a echar en cara a Rita su vil actitud, a impedir que retuviera por más tiempo al comandante, apartándole del cumplimiento de sus obligaciones.

Llamaron a la puerta. El oficial, a ruegos de Silvia, esperó en un cercano jardín.

Una criada franqueó la puerta a Silvia. Quiso impedir que ésta entrase, pero la joven la apartó rudamente a un lado y penetró en la estancia donde se hallaba Rita.

Las dos mujeres se miraron frente a frente, como dos rivales prontas a la más terrible de las luchas. Un odio feroz anidó en los dos corazones que se habían disputado el mismo amor. Rita arqueó las cejas, sorprendida al ver a la mujer que creía desaparecida.

—¿Dónde está Mario?—preguntó Silvia.

—Lo ignoro.

—No mienta usted. Sé que está en esta casa...

—No es verdad.

—¡He de verle! ¡Peligra su honor! ¡Oh, ese revólver!... El suyo... el suyo.

Lo recogió del suelo, reconoció el arma con las iniciales de su marido. No había duda de que Mario estaba allí. La idea de que aquella mujer le apartara de sus deberes militares, reteniéndole en aquella casa cuando su obligación era partir lejos de allí, con su regimiento, la hizo temblar de ira.

—¿Dónde está Mario?—insistió.

—No lo sé. Márchese de mi casa.

—Dime qué has hecho de él.

—Tú has muerto para Mario, insensata. Todos te creíamos muerta en el naufragio, pero aunque vuelvas a vivir, Mario ya no será tuyo.

—¡Miserable!

No pudo contenerse más. La apuntó firmemente con el revólver.

—Quiero registrar la casa, saber si Mario está en ella. ¡Déjame pasar!

—¡No!—dijo Rita, poniéndose ante la puerta.

—Entonces... toma...

Su dedo apretó el gatillo y sonaron dos detonaciones... Entre una nube de humo, Rita cayó, después de lanzar un grito... Los proyectiles le habían atravesado el corazón.

Mohamed y sus hombres, al escuchar el dis-

pero, corrieron hacia fuera de la casa para partir en automóvil a reunirse con los suyos.

El oficial entró en la villa, revólver en mano. Reunióse con Silvia y ésta le explicó que había tenido que disparar contra la infame Rita.



—*¡Déjame pasar!*

—¿Y Mario? ¿Dónde estará Mario?—gemía la esposa.

Buscaron por toda la casa. Y, por fin, le hallaron tendido en tierra en una de las estancias. De su cabeza manaba sangre. Estaba sin conocimiento.

El oficial y Silvia corrieron a socorrerle. Silvia le miraba emocionada, con lágrimas en los ojos. Pero, al darse cuenta de que el comandante volvía en sí, dijo al oficial:

—*¡Me marchó!... ¡Que él no sepa nunca que yo he estado aquí!*



Silvia le miraba emocionada...

Y corrió a ocultarse tras unos cortinajes.

Mario recobró el sentido y, al ver junto a sí al oficial, pareció darse cuenta de la terrible realidad.

Recordó todo lo que había ocurrido y buscó

en sus bolsillos, de los que habían desaparecido los planos.

—¡Ellos!... ¡Mohamed!... ¡Hay que alcanzarlos!—murmuró.

Y con un supremo esfuerzo de su voluntad, se puso en pie y salió al exterior con el oficial.

Vieron en aquel instante un automóvil que se alejaba. Dentro iban varios moros.

—Hay que alcanzarlos. Ellos tienen los planos—dijo Mario.

Y en otro coche emprendieron feroz persecución contra aquella gentuza.

Y Silvia, desconsolada por la muerte que acababa de causar, huyó de la villa de la Palma para volver junto a su padre adoptivo y esperar, temblorosa, el desarrollo de los acontecimientos.

* * *

Mohamed y sus acompañantes salieron de Trípoli hacia el desierto a reunirse con sus hombres. Mario y el oficial, con una rapidez vertiginosa, casi les daban alcance.

Se cruzaron numerosos disparos... Los árabes,

viéndose perdidos, al llegar a las afueras de la ciudad, descendieron del coche y, ocultos tras unos matorrales, prosiguieron su encarnizada defensa.

Mario y su compañero bajaron a la vez del auto, acribillando sin cesar a los traidores y consiguiendo que varios de ellos mordieran el polvo para siempre.

Mohamed comenzó a correr velozmente, seguido de Mario Monti, mientras el oficial luchaba contra los demás moros.

Habían llegado cerca de un campamento de tropas indígenas, pero fieles al ejército italiano.

Mohamed consiguió apoderarse de un caballo y emprendió rápida huida hacia el desierto.

Mario, en otro brioso corcel, emprendió nueva y veloz marcha contra el traidor.

Tras una persecución brutal, Mario logró alcanzar a su enemigo, y los dos rodaron por tierra en una lucha de razas y de odios personales.

Por fin, el comandante consiguió herirle gravemente y recuperar de nuevo los importantes documentos. Subió otra vez a su corcel y volvió a reunirse con las tropas leales y con el oficial.

Pero cuando, poco después, emprendían de

nuevo su marcha hacia el desierto, fueron atacados por los rebeldes.

La lucha duró varias horas, sufrieron los moros una espantosa derrota. Mario cayó gravemente herido y tuvo que ser trasladado en una camilla hasta el campamento.

La victoria había costado mucha sangre, pero, finalmente, habían sido recuperados los planos y aniquilado el enemigo... Y de nuevo volvió a reinar en Trípoli la paz.

Mario Monti, aún de su herida en la cabeza, estaba también herido en el pecho. En su delirio llamaba a Silvia y besaba un medallón en que había el retrato de la esposa.

Humberto, compadecido de su amigo, de cuya cabecera no se apartaba, envió un mensaje a Silvia.

Comandante Monti, luchando temerariamente, herido grave. Venga usted. La nombra en su delirio. He roto nuestro secreto porque Mario me inspiraba lástima. El sabe que usted vive y ansía su perdón.

Y Silvia no se hizo repetir la invitación. Corrió hacia el campamento con ansias infinitas de abrazar y perdonar al hombre amado.

Humberto la recibió a la puerta de la tienda.

—Sus heridas son muy dolorosas, pero se salvará—le dijo el teniente.

Ella entró en el interior de la tienda, vió en una litera a Mario y, olvidándola todo, corrió a acariciarle con pasión.



—¡Yo curaré tu cuerpo y tu alma, Mario!

—¡Yo curaré tu cuerpo y tu alma, Mario! Ya no te abandonaré más...

El la miró con dulzura, murmurando:

—¡Perdóname, Silvia!

Y quedaron confundidos en un abrazo en que parecía alborear la esperanza de un mañana más feliz.

Y así fué. Por las circunstancias que habían mediado en la muerte de Rita, Silvia no fué apenas molestada. La bailarina era una espía y Silvia había defendido el honor de un militar.

Y con licencia, regresaron por una temporada a Italia Mario Monti y su esposa. El juró que nunca más volvería a ser infiel a la abnegada compañera. Silvia creyó en sus palabras y horró para siempre el dolor de las horas de inquietud.

Pero con ellos fué el viejo clown, a quien Silvia no quiso abandonar. Y el pobre Giuseppe les siguió agradecida, pleno de emoción, al sentir a su alrededor el calor de verdaderos afectos, que harían más tolerable su vida.

F I N

Hoy ha salido
el sexto cuaderno
de la deliciosa novela en velate
cuadernos

**De vendedora de periódicos
a estrella de cine**

Formidable éxito

¡La novela que todos, aman-
tes o no amantes del cine,
leerán con deleite!

Inmejorable presentación
Buena literatura
Ilustraciones en el texto

PRECIO: 25 céntimos

Ediciones Especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica
¡Lo mejor del cine!
Últimos éxitos:

Virgenes modernas
El pagano de Tahití
Estrellas dichosas
La senda del 98
Espejismos

Esta semana:

Evangeline

por Dolores del Río

¡SIEMPRE LO MEJOR!

Precio: 1 peseta

**L
a
N
o
v
e
l
a

p
a
r
a

T
o
d
o
s**

Números publicados:

1. Mary la buena, Mary la mala
por Manuel Kellern Sotomayor
2. La que no pudo ser mala
por Sara Inaún
3. La estrella de los montes
por R. Merchán Vargaa

Mañana:

Ella, Él y el Perro

por Jorge Clary

COLABORACIÓN SELECTA

Precio: 30 cts.

GRAN ÉXITO DE

La Novela Frívola Cinematográfica

Regalo de Artísticas Fotografías

Lujosa nueva colección de novelas, con postal regalo.
La Novela Americana Cinematográfica 30 cts.

FORMIDABLE ÉXITO

La Novela Eva

Publicación semanal
de novelas modernas

Números publicados:

1. La rubia del taxímetro
por Domingo de Puenmayor
2. La manicura que no sabía
decir que no
por Lili
3. Santa Madrona
(aguanfuerte de los barrios bajos barceloneses)
por José Reggades
4. Impresión... eléctrica
por Lina
5. Encarna, la enigmática
por Dora
6. Casada... y como si nada
por Don Nadie

Mañana:

Cuatro maridos

por Tony

Ilustraciones en el texto

Precio: 30 céntimos

¡LA NOVELA DEL DÍA!

Gran éxito de

La Novela Sentimental

Números publicados

1. La Maestrilla o el triunfo
del amor.
2. La señorita Fifi.
3. La aventurera.
4. Rosa de otoño.
5. Las Princesas de Holly-
wood.
6. ¿Una mujer mala?
7. En pos de la gloria.
8. Flor de almendro.
9. La Bailarina del Cafetín.
10. Flores sin sol.
11. Por el honor.
12. Los ojos de Julia.
13. Abandonada.
14. La única senda.
15. El demonio viste de azul.
16. Estudiantina.
17. Nostalgias de amor.
18. Almas felices.
19. Por su hijo.

No deje de adquirirlas por ser una de
las publicaciones más interesantes.

PRONTO, la esperada colección
BIBLIOTECA

RODOLFO VALENTINO

Todos los asuntos interpretados por este
inimitable artista.

Primer número:

"COBRA"

Precio: 50 céntimos

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería
Díarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbatá, 16; MADRID: Caños, 1

Se solicitan buenos corresponsales

E. B.